

Sobre *Conocimiento de la Argentina, estudios literarios reunidos*, de Adolfo Prieto. Selección y prólogo de Nora Avaro. Editorial Municipal de Rosario, 2016.

✉ FRANCISCO BITAR / [franciscobitar@hotmail.com](mailto:franciscobitar@hotmail.com)

### Vida de Adolfo Prieto: el método de la Cronología Expandida

*Conocimiento de la Argentina*, los estudios reunidos de Adolfo Prieto, es uno de esos libros que el lector celebra no sólo por la firma que lo rubrica sino también por el trabajo de edición impreso en sus páginas (a fin de cuentas, y en el mejor de los casos, un libro lleva dos firmas: la del autor, pero también la firma editorial). Lo mismo que el lector diligente (¿un escritor?) descompone un relato para saber cómo fue construido, un portador de libros —de esos que se solazan haciendo pasar las hojas, cotejando su calidad, revisando los créditos, el índice y las fotos—, ese fetichista, podría imaginar también cómo se confeccionó *Conocimiento*: la decisión en sí, por parte de los editores, de ir al rescate de uno de los pensadores centrales de la cultura argentina del siglo xx; su incorporación en la Colección Mayor (el nuevo punto en la red que supone tanto un antecedente como un trazo futuro); la conexión de esos puntos entre sí que, como en *Ciudad de cristal* de Paul Auster, conformaría un mapa impreso sobre otro: Rosario, el litoral. Pero en ese pasar de hojas, el lector se encontrará también con una extensa sección que precede a los estudios del autor. ¿Un libro dentro del libro? Sí, un libro adentro de otro. Se trata del Prólogo a cargo de Nora Avaro, de exactas cien páginas, texto que proyectará su luz sobre la trayectoria intelectual de Prieto y, en ese mismo movimiento, hablará también de «su vida».

Podemos imaginar también cómo se construyó dicho prólogo. Hasta aquí, la Colección Mayor de la Editorial Municipal de Rosario dedicaba, a modo de introducción, un estudio acerca del autor por parte de un especialista y echaba mano de la Cronología, en sección aparte, para dar cuenta de las alternativas de su vida. Nora Avaro encuentra aquí, en el tono sumario de la Cronología, un modo de integrar los materiales: hay entrevistas, fotos, cartas y otros fragmentos documentales propios del género de los cuales se desprenderán una serie de conclusiones provisionarias más ajustadas por convención al estudio introductorio. Todo, por supuesto, en implacable sucesión cronológica. La Cronología de Nora

Avaro es, en este sentido, al mismo tiempo expansiva y aglutinante: expande los límites del género y con ello incorpora procederes ensayísticos.

De la Cronología Expandida se desprenden entonces dos principios constructivos. El primero de ellos corresponde a la rigurosa obediencia respecto de la documentación: nada de lo que aquí vaya a incluirse dejará de pasar primero por un arduo examen, la atenta mirada del prologuista que seleccionará y ordenará. Aquí resuena un precepto clásico de biografía atribuida a Samuel Johnson, él mismo un experimentado biógrafo, quien entendía que, más que por el objeto de la biografía, era necesario el respeto por el conocimiento, la virtud y la verdad.

El segundo de los procederes no hace al dato del tipo anecdótico (mudanzas, viajes, amistades, hijos, etc.) que darían una impresión de «vida real» más allá de la trayectoria puramente intelectual de Prieto (este tipo de dato está todavía encerrado en el aspecto documental y no se corre del principio anterior). El segundo de los principios de la Cronología Expandida se da justamente en el cruce entre el dato correspondiente a la trayectoria intelectual y la anécdota. Es entonces, donde resulta estrictamente ineludible, que el prologuista coronará un tramo de exposición documental con una *idea* sobre el autor. Y lo hará solamente porque esta cristalización traza un puente, por continuidad u oposición, entre dos épocas, cuando el tramo pavimentado permitirá *seguir adelante*.

Con todo, no es este segundo aspecto de la Cronología Expandida el que por sí mismo humanizaría la historia de la literatura contenida en un nombre, en este caso el de Adolfo Prieto. Todavía resta dar con esa fuerza que pone en relación un dato con otro, vertebrando los materiales y empuja la historia (de vida) hacia adelante, hasta el final. «Una vida secreta, o por lo menos tácita —escribió Richard Ellman—, subyace a la vida que se supone que vivimos». El biógrafo, como un arqueólogo, dirá Michael Holroyd, intentará hacer visible esta vida oculta que muchas veces se presenta a plena luz del día y es precisamente en esa exposición que se disimula. En el prólogo de Nora Avaro esa fuerza, esa vida secreta, aparece a la manera de un destino y la autora la exhibe sin rodeos: «desde que se recibe de profesor, escribe Nora Avaro, Prieto será profesor».

¿Y qué significa ser profesor? Para Adolfo Prieto se trata de una aventura para la que hay que estar doblemente equipado. En primer lugar, con un plan de acción, lo que implica un modo («sus clases eran tranquilas, nada histriónicas, muy reflexivas, y él sumamente receptivo y a la vez agudo ante las opiniones y lecturas de sus alumnos»), una postura al interior de la cátedra (el de la «docencia comprometida» que impele a los estudiantes a «investigar y con ello a escribir») y fuera de ella (la creación de publicaciones que permitieran «canalizar en un órgano universitario las investigaciones de profesores, críticos y estudiosos»). Por supuesto, su trabajo tendrá alcance sobre las alternativas de su vida, ya que «las numerosas mudanzas, en el país y en el extranjero, debido a causas económicas o políticas tendrán esa regencia: Prieto irá a donde haya trabajo, a cualquier lado, a condición de ejercer su profesión». Pero sobre todo —y hacemos foco en lo que sigue en la medida que nuestra labor de reseñistas nos obliga a detenernos tanto en el

nombre como en el título de tapa— es la experiencia como profesor que afectará al estilo y, con ello, al género de escritura. Y son las clases «la etapa previa de estos estudios», entendiendo el tiempo del estudio como una instancia «anterior a la plenitud inventiva de la escritura que no carece de sus futuras faenas: apuntar, glosar, subrayar, anotar, fichar (es decir: *discriminar* lo que se apunta y glosa)».

Ambos magníficos, dos de los libros más comentados a lo largo de 2016 tuvieron también como objeto la historia de una vida: *Stoner* de John Williams y *Sueños de trenes* de Denise Johnson. Sus protagonistas, William Stoner y Robert Grainier, provienen de un Estados Unidos profundo, pero mientras Grainier se transforma en hombre lobo, Stoner, se convierte en profesor universitario. De jóvenes, cuando empiezan a habituarse al clima de la universidad pero ya intuyen que esa será su casa, Dave Masters, un amigo que luego morirá en la Gran Guerra, le dice a Stoner que «todos somos pobres diablos y todos sentimos frío. Y así la providencia o la sociedad o el destino ha creado este refugio, la universidad, para que nosotros podamos guarecernos de la tormenta. Dejamos entrar a algunos sujetos comunes, los que triunfarán en el mundo, pero es solo una fachada protectora. Montamos esta farsa para sobrevivir». Ese, según se deja apreciar en las incansables estrategias relatadas por Nora Avaro y tramadas por Prieto para sostener su lugar pero también para alentar el florecer de la cátedra, ese es el segundo implemento que lleva en su mochila el profesor Adolfo Prieto.